

EDITORIAL

LOS RÍOS PROFUNDOS DE AMÉRICA LATINA: PODER POPULAR, ESTADO PROGRESISTA Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Humberto Márquez Covarrubias

En *Los ríos profundos*, José María Arguedas (2006) escribió sobre la hondura de los ríos y las raíces ancestrales de la cultura andina, que a la postre sería el sustrato de la identidad nacional peruana. Utilizando un símil, podemos advertir que las corrientes sociopolíticas que nacen de los pueblos andinos y amazónicos constituyen la fuerza que permite recobrar la identidad latinoamericana obnubilada por una prolongada pesadilla neoliberal y posibilita la puesta en práctica de proyectos de gobierno nombrados de diversas formas pero que ahora viven momentos adversos en virtud de que las bases materiales se deterioran y el soporte político declina. El llamado ciclo progresista, el laboratorio de transformación social más relevante en nuestros días, está sujeto a un intenso debate.

Por más de tres décadas el devastador tsunami neoliberal, impuesto a fuerza de violencia y chantaje, ha devastado a América Latina y el Caribe mediante la aplicación de una pertinaz agenda económica depredadora de la energía vital, la naturaleza y el excedente económico. Sin embargo, una vigorosa contracorriente surgida en las aguas subterráneas insufladas por movimientos sociales populares y frentes electorales de izquierdas disolvieron a las testarudas formaciones políticas de derechas para entronizar a gobiernos emanados de los sectores populares (Bartra, 2015). El panorama político limpió las aguas turbias de la devastación imperial y oligárquica.

La travesía posneoliberal toma su curso cuando en varios países latinoamericanos, ante el malestar de los pueblos por la prepotencia de las derechas en apariencia inamovibles, son electos gobiernos de izquierdas. Las izquierdas designadas en este caso como «progresistas» no son precisamente una expresión monolítica sino que representan una diversidad dentro de la gama de posturas contendientes que tienen en común el hecho de aparecer contrapuestas a las derechas partidarias y al unívoco proyecto neoliberal, pero más significativo es que surgen de la raíz de los movimientos sociales y sindicales. El punto de partida es el rechazo a las nocivas recetas neoliberales y a la vorágine especulativa del capital financiero; después de acumular fuerzas se proponen tomar el poder en el espacio público, «desde abajo», en la calle, y «desde arriba», en el ámbito legislativo y presidencial, hasta tener la capacidad de conformar Estados populares o progresistas.

Hace tres lustros irrumpe en la escena latinoamericana un grupo de gobernantes que confronta las prescripciones neoliberales del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a la vez que rechaza las intenciones imperiales estadounidenses. Con el respaldo del Movimiento V República (MVR), Hugo Chávez asume la presidencia de Venezuela y amparado en el proyecto denominado Revolución Bolivariana y el «Socialismo del Siglo XXI» emprende un ciclo de reformas sociales, económicas y políticas. El Movimiento al Socialismo (MAS) impulsa al líder indígena y sindicalista cocalero Evo Morales para que ocupe la presidencia de Bolivia desde donde impulsa el proyecto de «vivir bien» (*Suma Qamaña* o *Sumak Kawsay*) y el «socialismo comunitario» para fundar el Estado plurinacional comunitario, único en su género a nivel mundial. El Movimiento Alianza PAIS-Patria Altiva i Soberana postula al economista Rafael Correa quien asume la presidencia con el proyecto denominado «Revolución Ciudadana» y promulga la constitución de Montecristi, cuya novedad son los derechos de la naturaleza (*Pachamama*) y el concepto de «buen vivir». En otra tesitura, que puede designarse como «neodesarrollismo», el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y el Partido de los Trabajadores (PT) respaldan al

antiguo líder obrero Inácio Lula Da Silva, quien desde la presidencia impulsa políticas de reducción de la pobreza extrema y la desigualdad social; en tanto que el Frente para la Victoria lleva al poder a Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, quienes logran superar la crisis, la económica del «corralito» y el clamor popular de «¡que se vayan todos!» los políticos para emprender un proyecto de contención al capital financiero y la reconstrucción de la economía.

Con el ascenso de los movimientos sociales y los triunfos electorales, el subcontinente americano se convierte en un interesante laboratorio de cambios sociales que con distintos tonos y énfasis postula ideales olvidados de emancipación y justicia. Cuando se vivía una larga noche neoliberal cuyo sueño de pesadilla era la reiteración de la frase «no hay alternativa», los gobiernos populares o progresistas despiertan una gran atención mundial y reactivan el debate sobre las alternativas al neoliberalismo y al capitalismo (Gudynas, 2012). Desde una visión de conjunto se aprecia un gran movimiento social articulado a frentes políticos que logran inéditos triunfos electorales en el marco de la democracia burguesa y entonces asumen el mandato políticos portadores de reivindicaciones de talante popular que promueven la ruptura del orden anterior cimentado en el proyecto neoliberal y alientan cambios graduales que paulatinamente se van incrustando y acumulando en el entramado económico, político y social. Frente a la cerrazón del neoliberalismo, los movimientos sociopolíticos generan cambios sociales de largo aliento que pueden ser definidos como revolucionarios o, al menos, como procesos de transición (Bartra, 2015).

La trama histórica de las gestas revolucionarias de los siglos precedentes anticipaban grandes sacrificios humanos para el pueblo que protagonizaba las luchas y sufría las consecuencias. La deposición de los gobernantes se realizaba por la vía armada envuelta en una espiral de violencia que no necesariamente lograba sofocarse con la caída del régimen. Habitualmente, después de la toma del poder el régimen en ciernes se alimenta de bienes y recursos provistos por las expropiaciones y la dictadura revolucionaria se impone neutralizando a

los enemigos mediante el encarcelamiento, la expulsión o la ejecución. La algarabía triunfante pronto era menguada por periodos extensos de miseria, hambruna y mortandad; el pueblo se sumía en la desmoralización y el régimen revolucionario caía prematuramente en la ilegitimidad.

El triunfo político de los pueblos andinos y amazónicos devela otro derrotero de la trama revolucionaria. En contraste con procesos precedentes que degeneraron en régimen dictatoriales y sumieron al pueblo en la opresión y la miseria, la refundación estatal en el subcontinente americano abre nuevos cauces de cambio social soportados en procesos democráticos, la pluralidad política, la reorientación de la economía y la distribución social del excedente. Además de sustentarse en el poder popular, aprovecha las vías legales y pacíficas para conquistar el poder y reconstruir el entramado institucional para ponerlo al servicio de los intereses nacionales y el bienestar popular. Frente a la dictadura de los poderes fácticos, las prácticas trogloditas de los capitales monopolistas y los agresivos programas neoliberales que imponen un estado generalizado de austeridad, penuria y despojo, la emergencia de los gobiernos emanados de las fuerzas populares pretende mejorar sustancialmente las condiciones de vida y trabajo de los pueblos que ancestralmente habían sido excluidos, despojados y humillados. La mayoría de la población ha salido de la miseria con las políticas de empleo, ingreso y servicios. La nombradía de la transformación social en curso es el «buen vivir», el «socialismo del siglo XX» o el «socialismo comunitario».

Como ocurre en los episodios de transición, la tentativa posneoliberal entraña modalidades productivas enmarañadas que han sido definidas como una «economía comunitaria y plural» articulada por «formas de organización económica comunitaria, estatal, privada y social cooperativa» (Asamblea Constituyente de Bolivia, 2009). En ese marco, por ejemplo, el proyecto andino postula la reforma del orden social basado en el «socialismo comunitario» (García Linera, 2015). La noción misma de socialismo se pone en cuestión, pues en los siglos XIX y XX, que testificaron efervescencias revolucionarias, el socialismo era conside-

rado como un producto histórico posterior al derrumbamiento del capitalismo, lo cual no ha sucedido o se ha intentado con resultados catastróficos; en tanto que la noción de comunidad se ha considerado anacrónica, incluso precapitalista, pues habría quedado sepultada o relegada con la primacía del capitalismo en todos los órdenes de la vida social.

En el horizonte de posibilidades de la transformación social, la dimensión política del proyecto posneoliberal latinoamericano ha sido crucial (Hoetmer, 2009). Una enseñanza es que para el poder popular conformado por los movimientos sociales y los frentes políticos la dictadura económico-política de los grandes capitales y gobiernos afines no es una fuerza invencible. Por cauces democráticos y no violentos pueden alcanzarse triunfos electorales que permitan la formación de gobiernos populares que no obedezcan a los poderes fácticos, como hacen las derechas o las izquierdas domesticadas, sino que se atrevan a «mandar obedeciendo». Para que el proceso de transformación pudiera seguir sus causas democráticas y promoviera una economía orientada al bienestar popular ha sido necesario, entonces, conjuntar un poder popular vigoroso, las aguas subterráneas que emergen a contracorriente del tsunami neoliberal. La correlación política de fuerzas favorable al cambio surge de la confluencia de organizaciones populares y partidos políticos que comparten un programa mínimo de corte posneoliberal. En un ciclo ascendente de acumulación de fuerzas, el espacio público y el debate político fueron escenario de disputa donde se fueron ganando, poco a poco, las contiendas en un proceso gestor de poder desde «abajo»; después el camino estaba preparado para disputar comicios hasta alcanzar el triunfo, aún bajo la institucionalidad neoliberal, circunstancia que permitió, al fin, tomar el poder de «arriba». Este derrotero marca un punto de inflexión en la experiencia política de la izquierda latinoamericana. Un precedente es el caso chileno, donde no obstante que la coalición de partidos de izquierda, Unidad Popular, ganara las elecciones con Salvador Allende, pronto sufrió un golpe de Estado perpetrado por militares y respaldado por Estados Unidos para derrocar el proyecto socialista, imponer una bru-

tal dictadura y ejecutar el proyecto neoliberal, lo cual significó un enorme retroceso social para Chile y América Latina en su conjunto. En la experiencia reciente la tentativa revolucionaria encarna en una forma de Estado que logra ungir un poder de «arriba» con nuevos componentes institucionales, legales y políticos en conjunción con el poder de «abajo» donde florece la movilización de las masas y entonces se hace posible la renovación política del régimen de transición mediante la celebración de comicios que ratifican el triunfo electoral. Evidentemente, la entronización de los nuevos gobiernos respaldados por las movilizaciones sociales y la concurrencia a las urnas apenas es un comienzo. De manera progresiva será necesario ejercer un «gobierno obediencial» (Dussel, 2006) y promulgar nuevas constituciones y programas de inclusión social. La recreación del Estado en algunos casos puede significar su refundación, como el caso del Estado plurinacional comunitario, que plantea una reinención desde los cimientos para constituirse en factor de unidad de las fuerzas políticas y sociales, formar un congreso constituyente para elaborar una nueva constitución, proclamar derechos políticos de los pueblos originarios y garantías autonómicas de los grupos étnicos. Además será necesario recrear el poder político en sucesivas jornadas electorales que ponen a prueba la permanencia de los gobiernos en los ámbitos locales, legislativos y presidenciales. La pertinencia social de los proyectos posneoliberales bajo sus distintas denominaciones y formas de gobierno alcanzó el estatuto de hegemonía, incluso ha permeado a las fuerzas de oposición que también participan del gobierno en el ámbito local y legislativo, y más aún en las ríspidas contiendas electorales los opositores asumen varias de las propuestas progresistas.

En el ámbito regional la coalición política de los gobiernos procrea una correlación de fuerzas que imprime un nuevo derrotero al curso histórico de América Latina, otrora considerada una zona de influencia del imperio (Silva y Martins, 2013). Los gobernantes derrocaron la pretensión estadounidense de crear una América neoliberal bajo el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y en su lugar promovieron ins-

tancias multinacionales de carácter latinoamericano y caribeño como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba), el Mercado Común del Sur (Mercosur), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (Celac), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), el Acuerdo de Cooperación Energética Petrocaribe, entre otros. Como nunca, la noción misma de Latinoamérica, de Nuestramérica, adquiere vida propia.

La experiencia posneoliberal latinoamericana es un proceso en ciernes que no está exento de problemas y contradicciones. El soporte material del bienestar social alcanzado obedece a factores externos, y más precisamente a la coyuntura de la economía internacional conocida como el «auge de las *commodities*» —verificado entre 2002, cuando China se incorpora de lleno al mercado mundial, y 2012— referente a la existencia de altos precios de las materias primas y los productos primarios, especialmente de petróleo, gas, minerales y productos agrícolas (Cypher, 2014). Las condiciones favorables respondían a la escasez relativa de recursos naturales a nivel planetario, como lo ilustra el agotamiento del petróleo y los minerales, además del concomitante aumento de la demanda alentado por los ciclos de crecimiento de la economía mundial, sobre todo de los centros financieros e industriales más dinámicos. Durante el periodo de bonanza los gobiernos populares tomaron la decisión de recuperar la soberanía política y el control sobre los recursos naturales lo cual les permitía acceder a las rentas y crear las bases para promover programas de bienestar social. Con el estallido de la crisis general del capitalismo en 2008 la economía global entró en un estado de letargo que aún no ha sido superado y que fue deteriorando el periodo de auge de las materias primas y precipitando los precios de los productos primarios energéticos (petróleo, gas), metales (oro, plata, cobre, aluminio) y agrícolas (soya, trigo) que fundamentaban el crecimiento regional. El nuevo escenario pone en predicamento las bases materiales del proyecto social progresista.

Si bien la dinámica de transición en América Latina ha seguido la vía democrática en un marco de pluralidad política y ha avanzado

mediante la implementación de reformas de corte progresista, el proceso también ha estado preñado de importantes contradicciones internas que en episodios turbulentos han obligado a que la embarcación tome virajes incluso retrocesos. El vicepresidente boliviano Álvaro García Linera (2011) reconoce que el proceso está sujeto a «tensiones creativas». Una de las polémicas más exacerbadas se refiere al tema del extractivismo que cuestionan la política de Estado que genera una dependencia económica de las exportaciones primarias. Existe además una oposición entre las fuerzas sociales que soportan el proyecto y los gobernantes con respecto a puntos de tensión como el que representa la reivindicación de derechos autonómicos de los pueblos originarios y la proyección del interés nacional o la contradicción entre los proyectos extractivistas y los llamados derechos de la naturaleza. La insustentabilidad del modelo extractivista obedece a que depende de fuerzas externas y ahora que el «auge de las *commodities*» ha menguado, el proyecto posneoliberal pasa por un letargo. Desde 2008 la economía mundial se ha estancado y los precios de las materias primas y los productos básicos se han precipitado en caída libre, en particular el petróleo. El escenario se complica debido a que las tasas de interés se han elevado y los capitales retroceden. En ese contexto las economías subdesarrolladas, llamadas emergentes, entre las que se encuentran las del Cono Sur, afrontan escenarios de estrechez e imponen restricciones agudas que ponen en verdadero predicamento la pertinencia del modelo de desarrollo que suponía cubrir la deuda social contraída al menos durante el reciente periodo neoliberal, debido a que la fuente de recursos que servía para pagarla se agota paulatinamente. El denominado ciclo progresista de Venezuela, Argentina, Brasil, Bolivia y Ecuador estaría arribando a su culminación. Esta percepción es enunciada por muchos analistas que toman como referente el dato del declive de las *commodities* y que subsumen en ese movimiento el proyecto político y social. Evidentemente el ciclo de la economía mundial atraviesa por una crisis general que ha tocado la fuente externa de sustentación del modelo de desarrollo basado en la puesta en valor de los recursos naturales para recuperar,

redistribuir y reinvertir las rentas. Necesariamente el componente económico del modelo tiene que cambiar para configurar una estructura productiva basada menos en las rentas y más en el trabajo, la productividad y el mercado interno. El momento es complicado porque además de continuar con el proyecto posneoliberal se requiere implementar políticas de austeridad no ensayadas durante el auge rentista, pero sin perder el respaldo social.

En ese contexto se suman presiones políticas contra los gobiernos que adquieren tintes golpista y violentos. Eventualmente las tensiones internas propiciarán un desgaste de la popularidad de los gobernantes que han venido ganando elecciones, algunos de ellos incluso reeligiéndose. Este punto es importante porque representa la fuente de sustentación política interna de los gobiernos populares, conectada a las fuentes externas de sustentación centradas en el rentismo. Las derrotas electorales se anticipan en Argentina, Venezuela, Brasil y Ecuador. Los estertores coyunturales arrojan una fórmula general que evidencia cómo el auge cortoplacista de la economía rentista deviene en derrotas políticas acompañadas de efectos sociales inciertos y diversas tendencias retrógradas. Amplios sectores medios que lograron salir de la pobreza al influjo del modelo posneoliberal se muestran inconformes porque el modelo económico ya no les garantiza el ascenso social. Los políticos de las derechas encuentran una fabulosa oportunidad compuesta por la inconformidad social, el apoyo de los medios de comunicación privados y la presión internacional de gobiernos y organismos neoliberales. En caso de que cundan las derrotas electorales, no necesariamente se habrá roto la nueva hegemonía, dado que las ideas políticas contrarias al neoliberalismo, la justicia redistributiva y la reivindicación de libertad política persisten en las organizaciones y movimientos sociales y en las convicciones ciudadanas que abrevan de un nuevo sentido común, incluyendo la idea de que el pueblo se autogubierne. Las derechas aprovechan la fragilidad del modelo económico y retoman algunas ideas políticas del progresismo para ganar presencia política. Además existe la posibilidad de que las derechas organicen una nueva

base social de apoyo con los sectores descontentos y seducidos por la avalancha mediática.

En el marco de la recesión de la economía mundial y la caída de los precios de materias primas y productos básicos que fungían como principal fuente de divisas, ahora se advierte la necesidad de cambiar el modelo de desarrollo para pasar de la actividad primario-exportadora y la dependencia de la explotación de los recursos naturales a una economía basada en el trabajo productivo, lo cual también significa una puesta al día en materia científico-tecnológica, mejoras en la infraestructura productiva, rearticulación del mercado interno y esquemas de cooperación regional en los rubros de financiamiento, energía y comercio.

El debate político sobre el llamado ciclo progresista ha venido escalando y dividiendo cada vez más las posturas entre sectores aparentemente ubicados en un mismo hemisferio del pensamiento de izquierdas. En una posición aparecen quienes impugnan la estrategia extractivista de los gobiernos progresistas y consideran errático centrarse en la extracción de recursos naturales para tomar las rentas y luego redistribuirlas, en tal sentido los gobiernos no habrían hecho nada plausible o lo habrían hecho de forma insuficiente, y por ello se esgrime que el ciclo ya terminó. También se argumenta que la dependencia externa y el extractivismo vulneran la economía regional y cometen ecocidio. En la otra posición están quienes consideran que la estrategia de los gobiernos progresistas es un ejercicio soberano sobre los recursos naturales y la redistribución de las rentas es una medida que se justifica pues es fuente de ingresos para políticas redistributivas que contrarrestan la pobreza y la desigualdad extrema, además de que mantiene vigente el proyecto político. El álgido debate no tendrá solución si se insiste en términos de referencia que remiten a las pasadas experiencias revolucionarias y socialistas que naufragaron o que se adhieren a visiones ecologistas sin reparar mayormente en el carácter novedoso y las diversas rutas del proceso social en curso.

La estrategia rentista pudiera considerarse apenas una medida transitoria, a todas luces es insostenible, no sólo por la volatilidad de los

mercados internacionales, el despliegue predatorio de los capitales y la afectación a las comunidades, sino también porque no está reconstruyendo la estructura socioproductiva. Más allá del corto plazo, el énfasis en la renta de los recursos naturales no puede competir con el capital productivo basado en la pauta capitalista de maximizar las ganancias. Claro, en el terreno de lo inmediato, implementar políticas de redistribución y mejora del ingreso de la población adquiere sentido para apuntalar el complejo proceso de abandono del neoliberalismo y de impulso de cambios sociopolítico con un inevitable ingrediente clientelar. Sin embargo, el impulso de un modelo de crecimiento e ingreso soportado por rentas cortoplacistas es inferior a un modelo de crecimiento orientado al cambio estructural que coloque en el centro las fuerzas productivas con pretensiones de largo aliento. Como no existen capacidades productivas, las divisas captadas durante la vigencia de los altos precios de materias primas no pudo dejar una huella perdurable dinámicas de acumulación de largo aliento. De persistir en el impulso de una transformación social es imprescindible reorientar la estrategia económica y reconvertir el aparato productivo, lo cual no puede realizarse, dicho sea de paso, sin implementar mejoras correlativas en el entramado social y político.

Los linderos del Estado nación reconstruido no constriñen el verdadero reto de los gobiernos progresistas. La pieza clave es América Latina en su conjunto y el papel que juega en la economía mundial. Con el aluvión de los movimientos sociales y el ascenso de los gobiernos progresistas es posible y necesario (re)construir una casa común latinoamericana que pudiera rememorar la visión generosa de José Martí (2002) o Simón Bolívar (2015), *Nuestramérica*, y poner al día las aspiraciones populares según las exigencias de la nueva centuria. En esa pauta, en lugar de cantar las pompas fúnebres del ciclo progresista, y de atestiguar con resignación el retorno de un nuevo ciclo neoliberal, es menester impulsar una espiral ascendente del proyecto progresista para que trascienda el escollo del extractivismo y el rentismo que sólo profundiza los lazos de dependencia y enfatizar los logros alcanzado en los

campos social, político, económico y cultural. El problema no sólo es de los países andinos y amazónicos, a quienes se les ha cargado la tinta, sino que es más agudo en países que políticamente están más atrasados, por ejemplo Colombia y México, que continúan gobernados por las derechas neoliberales y además comporten gestión basadas en el despojo, el extractivismo, la economía criminal y la militarización; pese al raquí-tico avance popular, el descontento social está a flor de piel. Colombia atraviesa por un proceso de negociación de paz y los movimientos sociales han organizado paros nacionales agrarios. En México el desgarramiento sociopolítico tiene, entre muchos signos contrastantes que sintetizan la complejidad del momento actual, la restauración autoritaria presidencialista, las desapariciones forzadas y la violencia generalizada.

En los ciclos de lucha social el desafío no sólo es salir airoso del momento crítico donde se articulan fuerzas contra-hegemónicas sino también en abordar el momento propositivo para construir la hegemonía. Frente a la pesadilla neoliberal es vital reorientar la correlación de fuerzas a favor del pueblo, pero la asunción de un gobierno popular debe asumir el poder popular que lo soporta y ejercer el precepto de «mandar obedeciendo». Arribar al gobierno no significa tomar el poder, que radica más bien en la órbita económica y en la oligarquía vinculada al poder imperial, no obstante el ámbito gubernamental brinda recursos institucionales y puede refrendar el apoyo social. En contraste, los movimientos y partidos que perviven en la mera oposición disponen de aparatos institucionales limitados, aunque pueden gozar de un holgado margen de acción. En el difuso horizonte posneoliberal la tarea de construir una alternativa puede abrir un cierto derrotero que puede aprovechar la confluencia entre el gobierno y los movimientos sociales. Aunque el movimiento social no debe desmovilizarse cuando deviene en forma de gobierno porque pierde la conciencia social y se supedita a los desig-nios de los líderes políticos y abraza la dependencia de factores externos contraproducentes, como el precio de las materias primas.

REFERENCIAS

- ARGUEDAS, José María (2006), *Los ríos profundos*, Caracas, Fundación editorial el Perro y la Rana.
- Asamblea Constituyente de Bolivia (2009), *Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia*.
- BARTRA, Armando (19 de diciembre de 2015), “Nuestramérica en la encrucijada para ampliar el ‘ciclo progresista’”, *La Jornada del campo*, núm. 99.
- (2015), “Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica”, *Mundo Siglo XXI*, Vol. XI, núm. 37.
- BOLÍVAR, Simón (2015), *Carta de Jamaica, 1815-2015*, Venezuela, Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica
- CYPHER, James (2014), “Neoextraccionismo y primarización: términos de intercambio en América del Sur”, en Alicia Girón (coord.), *Democracia, financiarización y neoextraccionismo ante los desafíos de la industrialización y el mercado de trabajo*, México, UNAM.
- DUSSEL, Enrique (2006), *20 Tesis de política*, México, Siglo XXI, CREFAL.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2011), *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del proceso de cambio*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- (2015), *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*, La Paz, Vicepresidencia del Estado.
- GUDYNAS, Eduardo (2012), “Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve guía heterodoxa”, en Miriam Lang y Dunia Mokrani (comps.), *Más allá del desarrollo*, Quito, Abya Yala/Fundación Rosa Luxemburg.
- HOETMER, Raphael (coord.) (2009), *Repensar la política desde América Latina. Cultura, Estado y movimientos sociales*, Lima, Programa Democracia y Transformación Global, UNMSM.
- MARTÍ, José (2002), *Nuestra América*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- SILVA, Consuelo y Martins, Carlos Eduardo (coords.) (2013), *Nuevos escenarios para la integración de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.

